

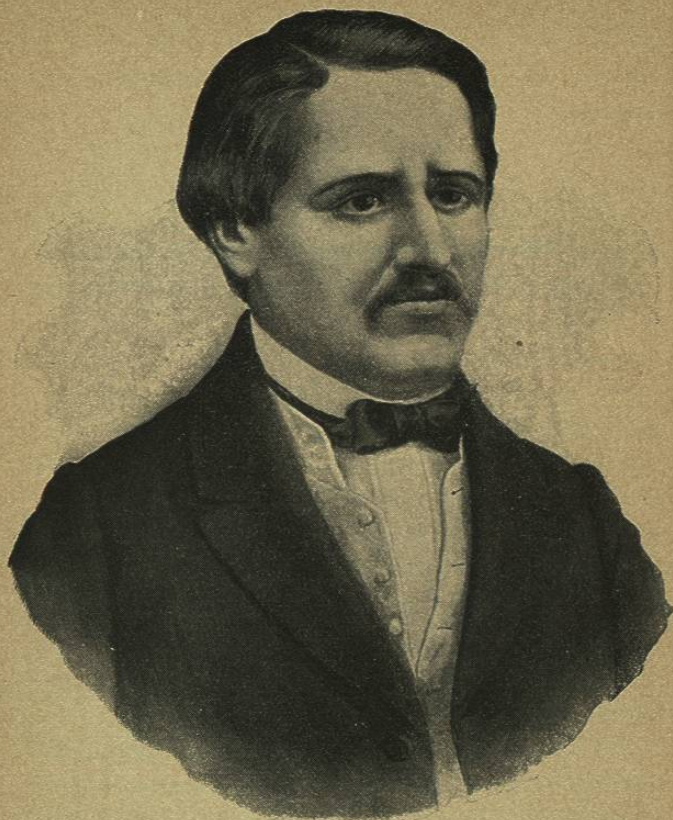
Sitio y defensa de Puebla en 1863. — González Ortega y el ejército de Oriente. — Firmeza de Juárez.

De lo que fué el sitio de Puebla en toda su grandeza épica, hasta ahora podemos con imparcialidad darnos cuenta, pues han transcurrido cerca de cuarenta años, y ha amenguado un poco el hervor de las pasiones de partido.

Los contemporáneos prodigan encomios ó denuestos; levantan ó abaten á los personajes que culminan; los dignifican con un *hossanna* ó los befan con un grito de muerte; pero la fría posteridad les hace justicia.

La defensa de la plaza de Puebla, digámoslo mejor, de la ciudad de Zaragoza, estuvo encomendada al general Ortega, jefe del Cuerpo del Ejército de Oriente.

Al través de la bruma de los recuerdos de la infancia, la figura de ese guerrero se destaca y surge, tal como pasó algún día delante de mis ojos: arrogante, marcial, simpática para el pueblo que se entusiasmaba contemplándola.



D. Jesús González Ortega

La cabellera negra, abundante y rizada; la frente amplia; la nariz aguileña; la mirada franca, penetrante, expresiva; el bigote cuidadosa-

mente atusado; el conjunto de la fisonomía revelando un carácter enérgico; de maneras atractivas, de palabra fácil; insinuante y dócil en el trato; devoto galán de las damas y amable camarada de la plebe, aquel hombre fué, en el período álgido de las guerras de la Reforma y de la Intervención, la esperanza de un partido, el terror del Ejército antiguo, la gloria de las tropas liberales y el ídolo de las turbas.

Halagaba á los humildes, porque él era tan humilde como el que más lo fuese; amaba á sus soldados, porque los afilió en su tierra nativa y creía llevar con ellos todo lo que en esa tierra zacatecana constituía su culto más tierno y más íntimo; respetaba sumiso á los militares de su partido que registraban buenos antecedentes, porque él se había improvisado guerrero en unas cuantas horas.

* * *

En el parte general que rindió al Supremo Gobierno de la Nación respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza, dice con una modestia admirable, hablando del general Comonfort:

«Que él (Comonfort) había desempeñado los más altos y honoríficos empleos de la República, y ensanchado con esto el vasto círculo de su influencia y relaciones, antecedentes que yo no

poseía; que el mismo señor había adquirido conocimientos militares, haciéndolos más sólidos con dilatados servicios á la patria, en la carrera de las armas, cuando yo era, como todo el mundo sabía, «un soldado de circunstancias, cuya espada me habían ceñido los últimos sucesos políticos de mi patria»; por todas estas razones le cedía con gusto y de una manera honrosa el mando.»

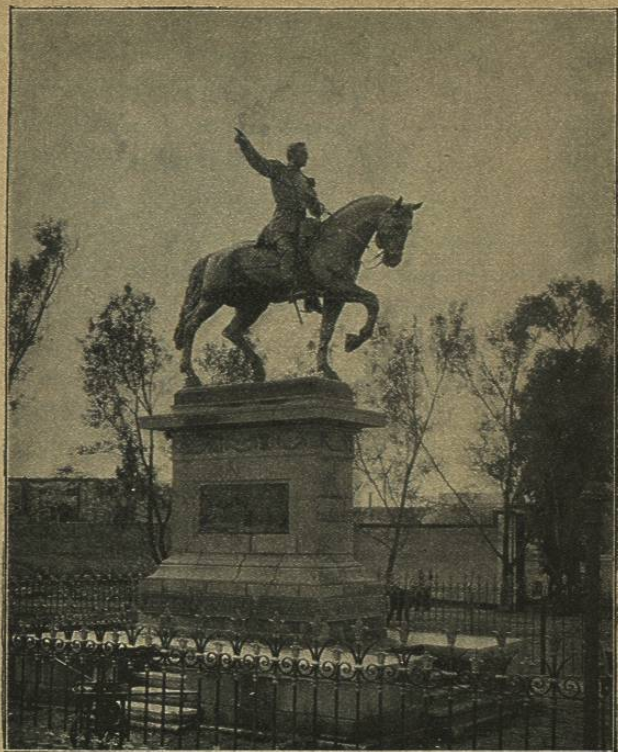
Pero aquel soldado de circunstancias, había desde su primer combate, alcanzado tan ruidosas y trascendentales victorias, que su nombre corrió de boca en boca, del uno al otro extremo de la República; el pueblo lo miró como un ser elegido y misterioso, y en la Navidad de 1860, cuando entró en la capital, con la clásica corbata roja al cuello y ostentando en la mano la espada con que hiriera de muerte al partido conservador, ese mismo pueblo no se conformó con vitorearlo y con regar laureles y flores á los pies de su corcel de combate, sino que se apoderó de las torres de Catedral, y repicó tres días y tres noches, al grado de que fué preciso hacerlo retirar por medio de la tropa, porque ya se volvían locos los habitantes con aquel no interrumpido resonar de las campanas.

Él, entonces, veneraba á Juárez y se estremecía de júbilo al depositar en sus manos el fruto moral de cada una de sus victorias.

Juárez recompensaba en justicia cada nueva hazaña del audaz batallador, que no tenía escuela militar ni hoja de servicios, ni antecedentes de ningún género en la Secretaría de Guerra; y en la hora solemne de la defensa del territorio, cuando la Francia napoleónica, cargada de prestigio, de armas y de dinero, se arrojó impiamente sobre nuestra Nación, le confió el mando del Cuerpo de Ejército que sostendría la lucha titánica con esa Francia, y puso en sus manos, ya ungidas por el éxito, la inmaculada bandera de la patria.

* * *

Sesenta y dos días duró el asedio de la plaza de Zaragoza, y en ellos se registran hechos de heroicidad sin ejemplo, hasta concluir con una rendición que la misma Francia admiró y citó como única en el proceso de Bazaine, lo cual confirma la gloria de González Ortega, porque el extranjero es frío como la posteridad, y sus juicios, exentos de pasiones, conducen á un hombre á la región de los inmortales, es decir, á ese cielo palpable, tangible y real que sobre la Historia tiene cada pueblo, para mostrárselo á las generaciones que se suceden sin tregua, como una inmortal enseñanza.



Puebla. — Monumento á Zaragoza

Se nos creía en la barbarie, desprovistos de valor, de amor á la patria, de dignidad y de inteligencia para gobernarnos. Se aseguraba que nuestros soldados correrían, al ver acercarse en vistosa línea desplegada á los batallones france-

ses, herederos de aquellos soldados cuyas frentes quemó el sol de Austerlitz, enfriaron las nieves de los Alpes y caldearon las arenas del desierto, al pie de las Pirámides.

Se esperaba que en caso de que nuestras tropas resistieran el empuje, harían una guerra cruel, sin derechos que respetar, ni leyes que cumplir, ni fueros que salvar, ni noblezas á que atender; hordas de caníbales, que serían arrolladas y deshechas, con el aplauso de las naciones civilizadas, por los primeros soldados del mundo. ¡Y el sitio de Puebla prueba lo contrario!

*
* *
*

Después de que la Francia, por el órgano *Le Moniteur*, declaró que no podía aceptar la convención de la Soledad, por ser «contraria á la dignidad nacional»; después de los sucesos de las Cumbres de Acultzingo, el brillante ejército, triunfador en Magenta y en Solferino, estaba frente á Puebla, porque su Gobierno despreció la firma de Jurien de la Gravière para realizar la esperanza de Napoleón III, que dijo que la expedición á México sería la obra mejor de su reinado.

Y aun pensaba más hondo en ese asunto, pues en el poético Fontainebleau, donde el gran Bo-

naparte se había despedido de sus soldados, el vástago «pequeño», como le llama Victor Hugo, elevado al trono sobre los crímenes del 2 de Diciembre, escribía en 3 de Julio de 1862: ...«Si, por el contrario, México conserva su independencia y sostiene la integridad de su territorio, si un gobierno estable se perpetúa allí con la ayuda de la Francia, habremos devuelto á la raza latina su fuerza y su prestigio al otro lado del Océano.» — *Napoleón.*

Y en frente de todos esos planes, de todos esos ensueños, Juárez encarnaba á la nación, un ejército la defendía, y ese ejército estaba confiado á González Ortega.

Él hubiera querido la unidad de mando, respetando al general Comonfort, un corazón de oro, lleno de raudales de ternura y de bondad; pero el Gobierno dispuso, en 10 de Febrero de 1863, que González Ortega mandara el Ejército de Oriente, dentro de Puebla, y el general Comonfort el Ejército del Centro, obrando independientemente el uno del otro.

* * *

Así las cosas, el Mariscal Forey, al frente de treinta mil hombres, vino al asedio de Puebla, celoso de vengar la derrota del 5 de Mayo, y de



Puebla. — Los fuertes de Guadalupe y de Loreto

dar ánimo á los cinco ó seis mil franceses que habían sido batidos por las tropas mexicanas.

González Ortega encargó la defensa de la línea comprendida entre los fuertes de Guadalupe, de Loreto y la Misericordia, al general Berriozábal; la comprendida entre los fuertes de Santa Anita y San Javier, al general Antillón; la línea entre los fuertes del Carmen, al general Francisco Alatorre, y la que comprendía los fuertes de Zaragoza é Ingenieros, al general Francisco de la Llave.

Cada uno de estos jefes puso los fuertes á las inmediatas órdenes de los generales Hinojosa, Osorio, Gayosso, Rojo, Ghilardi, Macías, Auza, Pinzón y Patoni.

La defensa del perímetro interior, se encomendó á los generales Ignacio Mejía y Porfirio Díaz; el mando de la reserva general del Cuerpo de Ejército, al general Negrete; el del Cuerpo de Ingenieros, al coronel Joaquín Colombres; la comandancia general de Artillería, al general Francisco Paz.

Las brigadas que mandaba Negrete, tenían al frente á los generales Escobedo, Rioseco y Prieto, y era cuartel-maestre del Cuerpo de Ejército de Oriente el general José María González de Mendoza.

* * *

De todos esos jefes, se hacían en la capital, en los corrillos reaccionarios, los más erróneos juicios, dándose por cierto que á la primera semana se rendiría la plaza.

¡Y el sitio de nuestra Zaragoza duró tres días más que el de la heroica Zaragoza de España!

Puebla no tenía las condiciones para ser plaza de primer orden, ni de segundo tampoco; se había fortificado en pocos meses, y sin observar las prescripciones de la ciencia, porque la ciudad, esencialmente mercantil y agrícola, no estuvo nunca preparada para la guerra, con un enemigo poderoso y hábil.

Con frecuencia se celebraban en México los hechos heroicos de las tropas nacionales; por todas partes sonaban los nombres del coronel Bernardo Smith, jefe principal de San Javier; de los generales Porfirio Díaz, Aureliano Rivera, Carbajal, O'Horán, Lamadrid y otros muchos; del sargento Julián Hinojosa, que, estando de facción en la barrera del fuerte de San Javier, le quitó el fusil de las manos una bomba de grueso calibre, y sin abandonar su servicio esperó que sus camaradas le dieran otro fusil para seguir combatiendo; de los capitanes Platón Sánchez y Onofre Pérez Pinzón, herido el uno y contuso el otro, que al mandarlos relevar pidieron permanecer para concluir el tiempo de su fatiga; del artillero Matías Martínez, que fuera de com-

bate todo su pelotón y no pudiendo servir la pieza, se ocupó al descubierto de reparar la parte del muro destruída; del entonces teniente coronel Gaspar Sánchez Ochoa, que convaleciente de una enfermedad y estando por eso de baja en el servicio, entró al fuerte de San Javier cuando era más nutrido el fuego de las baterías del enemigo, y con heroica intrepidez lo defendió coadyuvando á la victoria.

El 3 de Abril (1863) el general Porfirio Díaz rechazó al invasor, causándole graves pérdidas, después de un rudo y largo combate, y el día 4 en que los franceses incendiaron con sus bombas la iglesia de San Agustín, hicieron prodigios de valor en medio de la lluvia de granadas, el coronel Foster, el Lic. Miguel Castellanos y los ayudantes del Estado Mayor de González Ortega, Loera, Ortega (Joaquín), Togno, Rincón, Calvillo, Sánchez y Vélez.

* * *

Larga sería la lista que tendríamos que poner si nos propusiéramos citar á todos los esforzados campeones que defendieron la plaza durante los sesenta y dos días del asedio.

¡Lamadrid y Régules, Hinojosa y Ghilardi, García y Gayosso, Escobedo y Cosío, Mora y Rioseco, Prieto y Salazar, Febles y Palacios,

Zamacona y Ramírez, Garza y Terán, Camacho y Zepeda, Balcázar y Sánchez Román, Herrera y Cairo y López, Loaeza y Smith, Aranda é Ignacio Alatorre, merecieron constantemente el aplauso de sus camaradas!

* * *

Hubo noblezas de parte del ejército mexicano. Los prisioneros franceses fueron siempre tratados con gran consideración, y á tal punto, que en las cartas á sus familias, decían que no habían visto dentro de la plaza, sino humanidad y civilización; que habían sido visitados por oficiales mexicanos caballerosos, finos é instruidos y que no era posible que México fuera enemigo de la Francia.

Blotd, capitán del primer regimiento de zuavos, dió en una hermosa carta las gracias al general González Ortega, en nombre de los oficiales, sargentos y soldados, por las atenciones de que eran objeto los heridos franceses, diciéndoles que «se consideraban felices, en medio de las desgracias de la guerra, teniendo por enemigos á hombres dotados de los más nobles sentimientos.»

El subteniente Duchesne, del primer regimiento de zuavos, escribía á sus padres:

«No tengan ustedes cuidado por mi cautividad; estamos en poder de un enemigo generoso que nos guarda todas las consideraciones debidas á nuestra desgraciada situación.»

Blotd escribía á Derné:

«Estamos perfectamente tratados, y á diario nos visitan oficiales mexicanos muy amables, que hablan bien el francés y respetan nuestra desgracia.»

* * *

El general González Ortega arregló con el general Forey un canje de prisioneros, grado por grado, hombre por hombre, llevando consigo sus armas, y se canjearon 3 capitanes, 2 tenientes, 3 subtenientes y 160 individuos de tropa, el día 5 de Mayo de 1863, en la esquina de las calles del Gato y del Malnatural.

El general Ortega llevó su generosidad hasta disponer que 25 zuavos sobrantes se le remitieran á Forey sin exigir por ellos cambio alguno.

* * *

El desastre de San Lorenzo (8 de Mayo) y la completa carencia de víveres fueron haciendo imposible el prolongar el sostenimiento de la

plaza, pero sin rebajar el brío ni la entereza de los soldados.

González Ortega reunió á sus principales camaradas, y les manifestó que sólo les quedaban dos caminos: romper el cerco, saliendo de la plaza, el cuerpo de Ejército de Oriente, con toda la majestad de un ejército que no huye, ó disolver los batallones, romper el armamento, inutilizar los pocos restos de almacenes y polvorines, y luego entregarse prisionero el cuadro de generales, jefes y oficiales, para que asesinara á las personas de que se componía, ó para que dispusiera de ellas á su árbitro el sitiador.

Y esta segunda determinación fué la que se aceptó, comunicándose por la orden general, el 17 de Mayo, á la una de la mañana, y advirtiéndole en ella que si la plaza iba á ser ocupada no se debía el triunfo al poder de las armas francesas, sino á la falta de víveres y municiones, como lo demostraba el hecho de que hasta esa hora, toda la plaza, con sus respectivos fuertes, se hallaba en poder del Ejército de Oriente, á excepción del fuerte de San Javier y unas cuantas manzanas de la orilla de la ciudad.

Juárez aprobó la conducta de González Ortega y de todos los generales, jefes, oficiales y tropa que compusieron el Ejército de Oriente, y el Congreso de la Unión, presidido por don Sebastián Lerdo de Tejada, decretó que dicho

ejército había merecido bien de la patria y que en el salón de sesiones se colocaría esta inscripción:

«A los defensores de Puebla de Zaragoza, en 1862 y 1863, el Congreso de la Unión.»

* * *

El general González Ortega refiere, en el parte general que rindió al Gobierno, el siguiente episodio:

«Como entre diez y once del día pasaban unos oficiales pertenecientes á las fuerzas de don Leonardo Márquez. Algunos grupos del pueblo les gritaron «traidores».

Unos cazadores de Africa desdoblaron algunas baquetas de fusil de las que se hallaban tiradas en las calles, y con ellas azotaron públicamente á dichos oficiales.

Un grito general de aprobación resonó por todas partes.

Era el pueblo que se hallaba diseminado en el atrio de Catedral y calles inmediatas, y nuestra oficialidad, que se encontraba colocada en los balcones de Palacio y que unánimes aplaudían aquel acto.

* * *

En cuanto estuvo la plaza á las órdenes del general Forey, á quien González Ortega envió con el coronel Jesús Loera, secretario del Cuartel General, una comunicación en que se le entregaba, declarando que ya sin municiones, ni víveres, eran todos sus camaradas sus prisioneros de guerra, esperó con todos ellos las consecuencias de su resolución extrema.

El Presidente Juárez aprobó esa conducta y contestó por medio de su ministro de Guerra, el general Blanco, que el modo con que había desaparecido el benémerito Ejército de Oriente, confirmaba que había sido acreedor á los votos y á las felicitaciones que el soberano Congreso y el Supremo Gobierno le habían dirigido en nombre de la nación.

* * *

El general Forey envió una circular impresa para que la firmaran los vencidos, y por ella se obligaban á no volverse á mezclar en nada por escrito ó por actos, en los hechos de guerra ó de política y á no corresponder con sus familias sin conocimiento de la autoridad francesa.

Se contestó con el siguiente documento:

«Zaragoza, 18 de Mayo de 1863. — Cuerpo de Ejército de Oriente. — Prisioneros de Guerra. —

Los generales que suscriben, pertenecientes al Ejército mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy, del Cuartel general del Ejército francés, tanto porque las leyes de su país les prohíben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se lo prohíben sus convicciones y opiniones particulares. — Jesús González Ortega. — Francisco Paz. — Felipe B. Berriozábal. — Florencio Antillón. — Francisco Alatorre. — Ignacio de la Llave. — Alejandro García. — Epifanio Huerta. — Ignacio Mejía. — José M. Mora. — Pedro Hinojosa. — José María Patoni. — Joaquín Colombres. — Domingo Gayoso. — Antonio Osorio. — Eutimio Pinzón. — Francisco de Lamadrid. — Porfirio Díaz. — Luciano Prieto. — J. B. Camañaño. — Mariano Escobedo. — Manuel Sánchez. — Pedro Rioseco. — Manuel González Cosío. — Miguel Auza. — Jesús Loera.

* * *

El 19 fué el general Ortega al Cerro de San Juan á arreglar con Forey los términos en que debían quedar los prisioneros. Las tropas francesas le saludaron y otras batieron marcha, haciendo á su paso los honores correspondientes.

El mismo día — dice el parte oficial — el clero de Puebla, en medio del mayor regocijo y vistiendo de gala la Catedral, recibió en ella á los invasores de la patria, cantando un solemne Te Deum por la toma de la ciudad, y el día 20, bien custodiados, desarmados y pie á tierra, salieron para Veracruz todos los jefes y oficiales prisioneros.

Iban deportados al extranjero, y al salir de la ciudad de Puebla, poseídos del sagrado júbilo que engendra el cumplimiento del deber, entonaron el himno nacional de México.

Juárez, después de este desastre, publicó el 18 de Mayo una hermosa proclama que concluye así:

«Mexicanos: Juremos por los héroes muertos defendiendo los sagrados muros de Zaragoza; juremos por los que aun existen, vencedores allí mientras pudieron pelear, que combatiremos sin descanso y sin reserva de sacrificios contra el ejército que está profanando la patria de Hidalgo y de Morelos, de Zaragoza y de González Ortega.»

Así anunció el grande hombre sus propósitos que fueron fielmente cumplidos, y con los cuales obtuvo en vida el triunfo de la causa nacional, y á su muerte el aplauso y la admiración eterna de la Historia.

VI

Juárez expulsa al Embajador de España. — Ocampo firma la nota ordenándole que abandone la República. — Documentos curiosos de aquella época. — La posteridad hace justicia á Juárez.

En concepto de los aristócratas y de los reaccionarios intransigentes, Juárez había cometido un atroz atentado, que causaría el escándalo de todas las naciones cultas y la ruina de México.

Ese atentado era nada menos que la expulsión del excelentísimo señor don Joaquín Francisco Pacheco, embajador de Su Majestad Católica la Reina de España.

Expulsar á un embajador, es decir, á un personaje que tiene en el Cuerpo Diplomático y en el país donde ejerce su encargo, mayor consideración que el que no tiene ese carácter, y que goza de gran respetabilidad, por ser directo representante de la persona de su soberano, era un